

la de hallarla, comprenderla y vivirla.

¿Cuál es la característica de esta zona meridional de la provincia? No sé; aquí el campo es calor de siega; allá es canción de vendimia, y junto al río, en la vega, fortuna verde y tierna. Y como guardián celoso, fiel custodio de la tierra, el caserío reseco y agrietado de un pueblo castellano. En fin, un paisaje campesino en su absoluta integridad, que exige caminar pausadamente para mejor saborear sus encantos. Pero en realidad sobra el decirlo, ya que, queramos o no, el piso de las carreteras, salvo los tramos en que circulamos por las clasificadas de primer orden, nos impondrá una marcha más bien sosegada.

ARGANDA, DONDE ABUNDAN LAS VIDES

En cambio, hasta Arganda se puede pisar libremente al acelerador. El paisaje no distrae en demasía; a lo sumo nos hará pensar que el hombre ha traído a estos parajes, en vez de los aperos de labranza, las piezas de un gran mecano para montar esbeltas torres metálicas, entre la mies y el surco. Pasado el puente —¿lo habrán construido con las piezas sobrantes?— dejamos atrás el río Jarama, ese hijo mayor del Tajo, un tanto juerquista, amante de la excursión y la merendola, para entrar en la zona vinícola más importante de la región, según pregonan, aparte de la abundancia de vides, los lagares y las bodegas que se esparcen por el casco urbano de Arganda. ¿Probamos sus vinos? Saboreémoslos, aunque sólo sea por aquello que dijo Pío Baroja en unos versos, como suyos, secos y expresivos: «¡Viva el buen vino—que es el gran camarada—para el camino!»

Pero no debemos creer que Arganda es tan sólo viñedos. Relatos e inscripciones nos cuentan su viejo linaje: Felipe II la hizo nada menos Villa con horca, picota, cuchillo y cárcel, y en su iglesia, amplia y de estilo renacentista, reposan los restos de los ascendientes maternos de Cervantes. Mas, por si todo esto fuera poco, Arganda, a través de las antenas de Radio Nacional, da a conocer al mundo la fuerza de las razones hispanas.

EL TAJUÑA, RIO JOVEN Y BRAVO

Con el genio alegre, ligeramente entonado por el vinillo, hacemos rumbo a Morata de Tajuña. Nueve

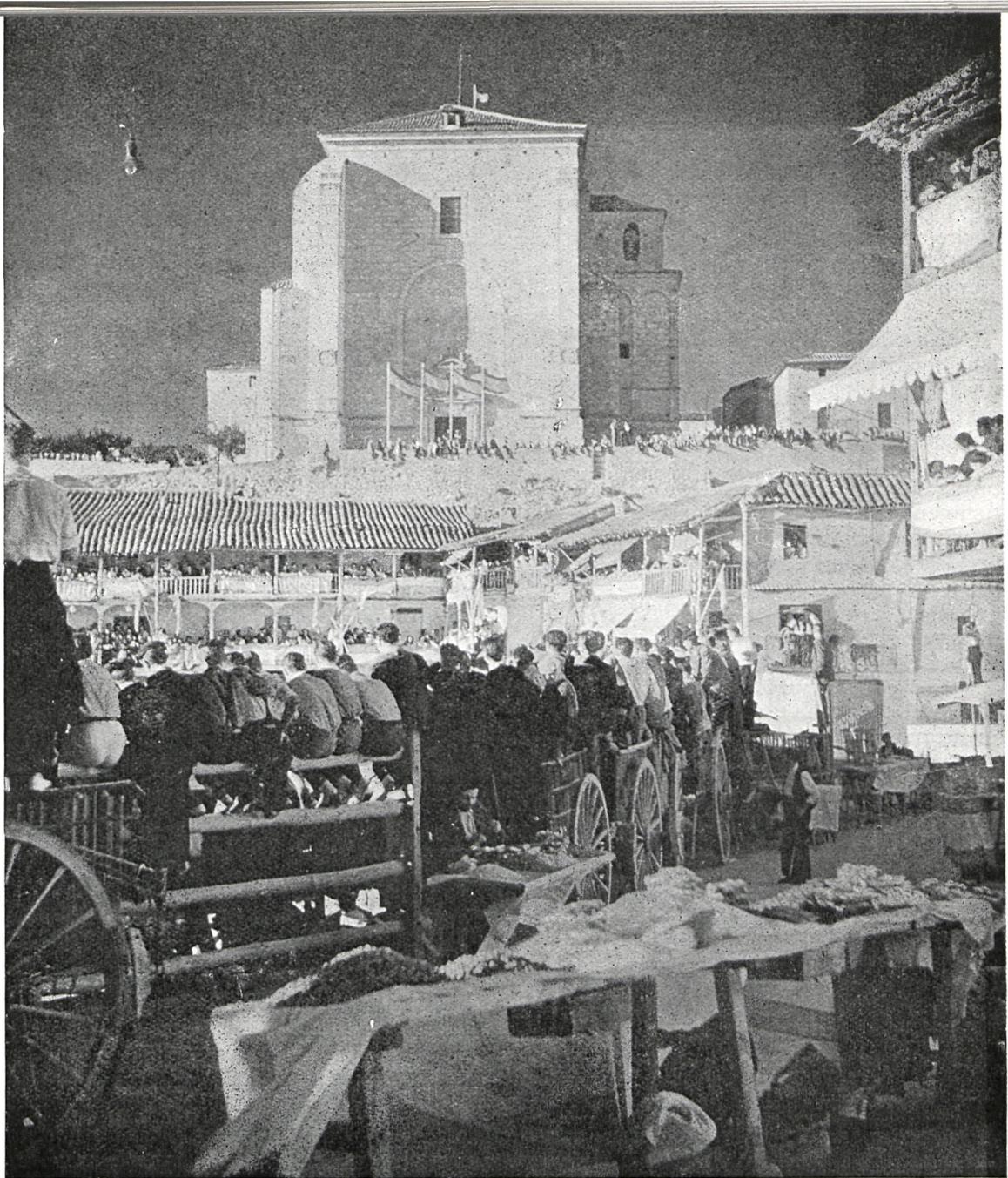


PLAZA MAYOR DE CHINCHON.

CHINCHON, ALBERO DE TIPISMO

son los kilómetros que nos separan. Una fragancia de tomillo nos llena. Divisamos las vegas del Tajuña. De repente, casi sin darnos cuenta, hemos cambiado de paisaje. El monte escarpado, sin árboles, y la tierra quemada se transforma por obra y gracia de un río joven y bravo en valle pródigo y feraz. Desde aquí, desde este recordo, ventanal de buena luz y bellos horizontes, contemplamos una extensa comarca que se adorna con los ramilletes jugosos y verdes de las hortalizas, y con el ramaje vario y multicolor de los frutales. El olivo, el árbol que nunca muere, también hace notar su presencia y da sentido de eternidad, tono y nobleza, al donaire de la planta, al huerto y al bananal, a la legumbre y al melonar.

Rodeado por la amplitud y el silencio de las tierras nos acercamos a Chinchón, el pueblo cuya plaza justifica por sí sola cuantas molestias e incomodidades hayamos podido pasar durante el viaje. Albero de tipismo, la belleza y la gracia de sus líneas adquiere contornos alegres y a veces un tanto dramáticos en la fiesta mayor de la Villa. Entonces, la plaza es como un ascua bajo el sol fuerte y brillante de Castilla; pero es en esta hora del atardecer, sola, casi abandonada de público, cuando alcanza su total plenitud. ¡Cómo sosiega y descansa el ánimo contemplarla desde sus soportales, mientras se va apoderando de nosotros el embrujo, ru-



La plaza mayor de Chinchón en día de fiesta, y en esa hora del atardecer, sola, casi sin público.



mor de historia y tradición que desprenden sus piedras! y qué fuerte y potente se hace este eco cuando llega hasta nosotros el clamor de la «noche triste» de Chinchón. Era el 25 de diciembre de 1809 y los invasores incendiaron, saquearon y mataron.

Con la villa de Chinchón ocurre igual que con la mujer amada, que nunca acaba uno de admirarla. Sí, nos gusta verla desde todos los puntos de vista; desde allí y desde aquí, de frente y por la espalda, porque siempre es bonita y atrae igualmente vestida de fiesta o con sus trajes de diario. Si nos asomamos desde la alta explanada de la iglesia nos sorprenderá la visión de uno de los conjuntos urbanos más típicamente castellanos, y si nos llegamos después al castillo —que se halla en la parte Sur de la villa y del que quedan tan sólo ruinas— encontraremos nuevos motivos para complacer nuestro gusto: una tierra rica en matices, de amplios horizontes, que invita a cabalgar.

Para pasar la noche podemos dirigirnos a una especie de posada de recio sabor castellano, limpia y sin mixtificaciones turísticas, que hay en la misma plaza. A la hora del yantar, la comida será parca porque no es cocina de olla podrida, pero después de los postres hallaremos la compensación saboreando el rico anís de Chinchón, uno de los orgullos más justificados de esta Villa.

Y ya estamos en la mañana del domingo. ¿Qué hacemos? Sencillamente, turismo. En nuestro deambular por las calles del pueblo podemos ver la casa de la Cadena, donde Felipe V firmó la pragmática por la que se otorga a Chinchón los títulos de «muy noble y leal Villa», y también el convento de las religiosas clarisas, en el que puede admirarse un bello cuadro de Lucas Jordán. Y cuando lleguemos al altozano donde realza la iglesia, ese bello templo que preside desde la atalaya de su cerro la vida espiritual de Chinchón y cuya construcción fué costeada por los condes titulares y por los vecinos de la villa que aportaron dos millones y pico de reales, nos encontramos con la rareza, bien curiosa y digna de señalar, de «una iglesia sin torres y una torre sin iglesia». La gran nave del templo parroquial, esbelta y de amplias proporciones, destaca aún más por carecer de retablos adosados a los muros. Presidiendo el altar mayor, el célebre cuadro de la «Asunción de Nuestra Señora», obra del genial pincel de Goya, que en esta pintura no logró el trazo y la expresión que le hicieron famoso.



NUEVO BAZTAN.

COLMENAR DE OREJA, NUESTRA SEGUNDA PLAZA EN JERARQUÍA CASTELLANA

Y emprendemos de nuevo la ruta. Vamos hacia Colmenar Viejo. Al entrar en el poblado surge la duda y nos preguntamos: ¿Estamos en tierras cristianas o en otras lindes, en presencia de un conjunto de morabitos, esa especie de ermitas a las que se retiran los anacoretas árabes? No; nos hallamos en tierras madrileñas, y por cierto bien cercanas a la capital de España, escasamente a 50 kilómetros de la Puerta del Sol. No son, por tanto, morabitos lo que ven nuestros ojos. Son sencillamente las hermosas y célebres tinajas que trabaja Colmenar de Oreja.

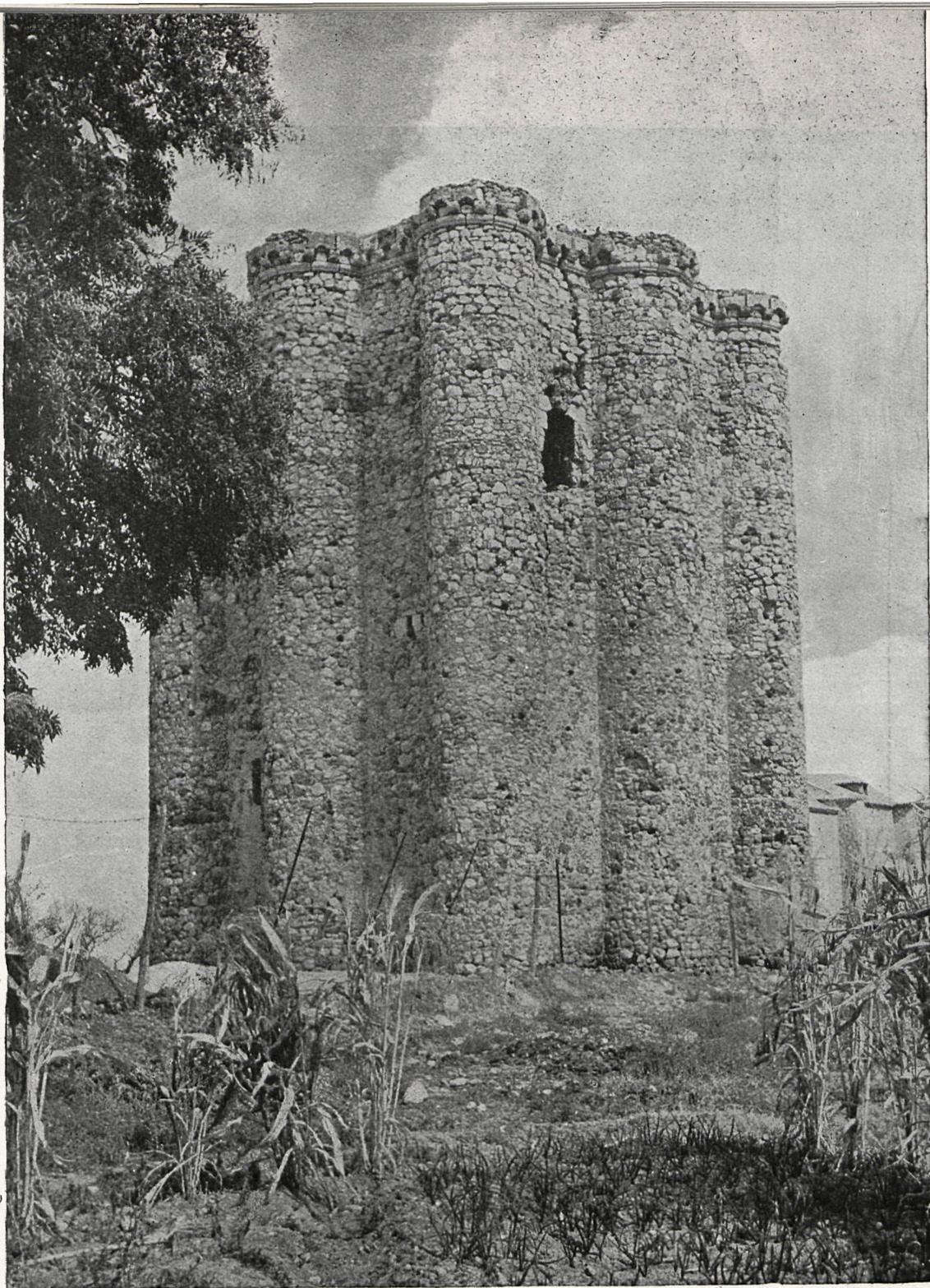
Seguimos avanzando, y casi sin darnos cuenta llegamos a la plaza Mayor del pueblo. La segunda plaza en jerarquía castellana de nuestra provincia. Tras la de Chinchón, ésta de Colmenar, de dimensiones más reducidas, pero igualmente bella y con idéntica raigambre popular. La iglesia, dedicada a la Asunción, la protege en su sombra. Altiva y de bellas proporciones, es una muestra más del hondo sentimiento religioso, que palpité a través de los tiempos en esta zona madrileña. Muchos tratadistas han escrito que dicha iglesia era de Juan Herrera. Y si Juan Herrera también se llamó arquitecto de la iglesia principal de Colmenar, es sólo una mera coincidencia de nombres. De todas formas, en las lí-

neas claras de la torre, en el clasicismo de las tres puertas y en la severidad de su sacristía, hay una nota acentuada del estilo inconfundible del gran arquitecto.

El arco de Zacatín —ojo o puente— es otra de las cosas sorprendentes y bellas que hay que ver en el pueblo. A pocos metros de su plaza se encuentra la fuente del mismo nombre y en este paisaje y denominación es fácil adivinar reminiscencias de la época de los árabes, cuyas huellas aparecen constantemente en la provincia de Madrid. También tiene interés y son hitos de la piedad de la gente colmenareña el convento de religiosos agustinos descalzos y las ermitas —nuestra provincia, dispersas por sus caminos y montes, cuenta con más de doscientos de estos recintos sagrados— de San Roque, San Juan, San Miguel y del Cristo del Humilladero.

VILLAREJO DE SALVANES Y LEPANTO

Y de aquí a Villarejo de Salvanes, pueblo que anuncia su importancia con un torreón de notable altura que perteneció a las órdenes militares y que nos recuerda con sus ruinosos muros cuán efímero es el poder y la gloria. ¿Quién de nosotros conoce el nombre de don Luis de Recaséns, comendador de Santiago, lugarteniente de don Juan de Austria y gobernador de los Países Bajos, figura prócer, ve-



Torreón del castillo
de Villarejo de Sal-
vanés.

cino y señor de Villarejo de Salvanes e ilustre fundador del convento donde se venera la imagen de Nuestra Señora de Lepanto, donada por el Pontífice Pío V? Y si incluso su nombre ha caído en el olvido, ¿cómo nos puede extrañar que se ignore que tan valiente caballero, campeón de mil hazañas junto al más arrogante y valeroso capitán, tuviera aquí, precisamente por el lugar que acabamos de pasar, su casa solariega, esta casa de líneas clásicas que nada dice al viajero y que, sin embargo, fué escenario de importantes acontecimientos antes y después de su muerte! Sucesos algunos de ellos verdaderamente trascendentales pa-

ra la vida de la nación, como el que se desarrolló en los primeros días del año 1866. Bajo los techos de «La Tercia», que así es como se denominara, el general Prim decidió acaudillar el alzamiento de Villarejo que había de traer, no obstante su fracaso, el triunfo revolucionario del 68.

NUEVO BAZTAN O EL ANTICIPO DE UNA CONCEPCION URBANISTICA

Camino de Nuevo Baztán nos sonríe otra vez la ribera del Tajuña. Sus huertos verdes y lustrosos, sus pueblos limpios y menudos,

son propicios para sofocar la sed y para extender, sobre la hierba de cualquier remanso silencioso y umbrío, el mantel. Podemos elegir el rincón que más nos agrade. En Orusco o bien en las cercanías de Carabaña, Ambite o Villar del Olmo; es igual, porque a lo largo del río hallaremos muchos bellos parajes que nos satisfarán con holgura.

Luego, al finalizar una empinada cuesta, Nuevo Baztán con sus calles trazadas a cordel y con sus magníficos palacio e iglesia edificados por Churriguera. Pero, además, Nuevo Baztán es la realización en el siglo xvii de un notable intento urbanístico, anticipo de lo que debe ser la pequeña ciudad del



Plaza de la Villa de Colmenar de Oreja y su Iglesia Parroquial de Santa María la Mayor.

campo. En aquel entonces, Goyeneche, secretario del malogrado Monarca Luis I, construyó en estos lugares un complejo artesano industrial y le dotó de caseríos suficientes y confortables para sus trabajadores y de un palacio digno de tal señor. Después, como en tantas cosas nuestras, el abandono, y Nuevo Baztán sólo fué campo más palacio. Un palacio que asombra, a cuyas espaldas está su también asombrosa y bella plaza de Armas.

EL FERROCARRIL DE LOS CUARENTA DIAS

La historia contemporánea, que no está falta de memoria como muchos quisieran, nos relata que Nuevo Baztán adquirió triste fama durante la pasada guerra civil, y no por culpa ciertamente de sus moradores, buenos patriotas, personas

afables, de gentil trato y recta conducta. En su demarcación estableció el Gobierno marxista en el año 1937 un campo de trabajo con el propósito de que los presos políticos realizasen, en el plazo perentorio de cuarenta días, las obras, nunca terminadas, del ferrocarril que había de unir Madrid con Valencia pasando por Tarancón. Todavía podemos ver el surco de sudor y lágrimas abierto por estos compatriotas nuestros, y cerca de la fuente denominada «La Almunia», a un kilómetro escaso del pueblo, ese testimonio impresionante de la «trinchera de la muerte».

LOECHES Y SU PANTEON

Y con Loeches, pueblo aparentemente aldeano a pesar de su ascendencia ducal, se cierra el recorrido de esta ruta.

Don Gaspar Guzmán, Conde Duque de Olivares, quiso seguir las huellas de otros validos y dió fama y esplendor a este lugar a semejanza de lo que hicieron aquéllos con otros puntos de España. Edificó primero su palacio —al que se retiró cuando cayó de la privanza de Felipe IV— y fundó y creó posteriormente el convento de las dominicas pensando tal vez que así lograría perpetuar su memoria. Mas el intento le fué fallido porque, aun siendo magnífica la fábrica de la iglesia conventual, no tiene suficiente fuerza para cumplir tan noble aspiración. Pero en cambio sí halló en Loeches, en el panteón edificado por la casa ducal de los Alba, reposo eterno para sus restos. Monumento funerario de personas ilustres que nos hace exclamar con San Lucas: «Mortus es autem et lives» (El rico también muere).

Getafe, o la calle larga = Donde se educó Jeromín = Tierra para nobles corazones y brazos fuertes = Batres, castillo de abolengo literario = Anhelos de grandes hazañas.

Aranjuez, triunfo permanente de la belleza = Donde las horas se acortan La áurea muestra de una manera de vivir = Tres hitos importantes.

Un dicho popular proclama que todos los caminos son buenos para ir a Roma, y otro tanto diremos nosotros cuando iniciamos la ruta que nos ha de llevar a Aranjuez. Podemos escoger la de la carretera general, espléndidamente pavimentada y de suave recorrido, una de las mejores vías de la red nacional, pero que por soslayar pueblos es poco propicia para el comentario; o bien otras dos: la de Chinchón, que ya conocemos, o esta de Getafe, Leganés, Batres y Torrejón de Velasco, que da mejor ocasión a la empresa en que nos hallamos metidos y que nos permite ser prolijos en el relato de valores. Aunque es bien de temer que al finalizar la descripción de este viaje ocurra igual que con las obras del pintor Orbaneja —que debajo del gallo pintado ponía: «este es gallo», para que no pensasen que era zorra—, y tengamos que añadir, apostillando la relación a modo de tan «eximio» artista, el correspondiente rótulo explicativo que aclare nuestro propósito.

El caso es que no vamos hacia Aranjuez por la insulsa línea recta, sino que por otra más atractiva y sugerente, llena de quiebros, porque ella, aunque parezca mentira, es la que nos hará comprender mejor, a través del contraste, la belleza y la lección que encierra ese pai-

